

## CAPITULO XXIX.

(CONTINUACION DEL ANTERIOR).

SUMARIO.—Satanás se encarna en su política.—Es el Espíritu de tinieblas, de impureza, de orgullo, de mentira, el gran Homicida.—El triunfo de su política hace todo eso.—Lucha del Espíritu Santo contra el reino de Satanás.—San Pedro sitia á Roma.—La toma.—Roma se convierte en la capital de la Ciudad del bien.—Reconocimiento universal hácia el Espíritu Santo.—Beneficios de su política.—Cuatro grandes hechos: establecimiento de la verdadera religion.—Constitucion de la Iglesia.—De la sociedad.—De la familia.—Cuadro.

Sin embargo, desde lo alto del Capitolio, donde tenia su templo privilegiado, Satanás, bajo el temido nombre de "Júpiter Capitolino," reinaba sobre el mundo como Dios y como rey. En testimonio de este poder soberano, los señores de la tierra, los generales de los ejércitos romanos, acudian á él á pedirle el triunfo para sus armas, á darle gracias por la victoria, á inmolarle los reyes vencidos y á consagrarle los despojos de los enemigos. Pues bien, el reino de Satanás era una encarnacion viva del mismo. Todas las cualidades que lo caracterizan, se reproducian en las leyes de su vasta Ciudad, y en la vida pública y privada de sus innumerables vasallos.

El es el espíritu de las tinieblas, "potestas tenebrarum," y su reino fué el de las tinieblas más espesas, que hayan oscurecido la inteligencia humana. ¿Se puede formar idea de lo que serian millones de hombres, rebaños inmensos de ciegos, andando á tatas, sin saber de dónde vienen, ni á dónde van, ni lo que son? Bajo el nombre de "Racionalis-

mo," ó de emancipacion de la razon, todas las verdades eran combatidas, desfiguradas, negadas, y arrojadas al viento del escarnio. Para los sábios toda la filosofia consistia en un eterno andar á tuestas, en contradicciones sin fin; para el vulgo en una indiferencia estúpida.

Es el espíritu inmundo, "spiritus inmundus," y su reino fué el reino de todas las infamias. Con el nombre de Sensualismo ó emancipacion de la carne todas las concupiscencias devoran á los hombres. Las riquezas, los esclavos, el poder, el lujo bajo todos los nombres y formas, los convites, las termas, los teatros, los templos mismos sirven para los excesos del dia y las orgías de la noche, y convierten la vida en una lujuria eterna.

Es el Espíritu de orgullo, "spiritus superbiæ," y su reino fué el del despotismo más monstruoso, que jamás haya pesado sobre el mundo. Bajo el nombre de Cesarismo todos los poderes se encuentran en la mano de un mónstruo de rostro humano, llamado sucesivamente Neron, Calígula, Tiberio, Eliogábalo, emperador y pontífice. El César es Dios; su voluntad es la regla de lo justo: "Quidquid placuit regi, vimhabet legis." Señor absoluto de los cuerpos y las almas, todo le pertenece, todo vive por él y para él. Su reino es la negacion de la conciencia y la libertad humanas. Le pide al hombre su fortuna, y el hombre se la da; le pide su mujer, y se la da; le pide la cabeza, y se la da. Le dice que adore una piedra, una perra, un cabron, un toro, un cocodrilo, una serpiente, y los adora. Hasta los pueblos más apartados sienten el peso de su poderío. No hay resistencia posible: una capital gigantesca, los ejércitos permanentes, la rapidez en las comunicaciones y la centralizacion universal han organizado el mundo para el despotismo.

Es el Espíritu de mentira, "spiritus mendacii," y su

reino fué un continuo engaño. La literatura, la poesía, las artes, la civilización de esa época, civilización vacía de verdades y virtudes, no son más que una sábana de púrpura echada sobre un cadáver. Su política es la hipocresía al servicio del egoísmo: Su pretendido bienestar es una odiosa mentira, debajo de la cual se oculta la explotación de las tres cuartas partes del linaje humano en provecho de algunos sibaritas. El ruido incesante de las batallas, los cantos de victoria, las pompas triunfales, los juegos del circo, los combates del anfiteatro, el perpétuo laboreo del oro, la plata, el bronce, el mármol y todos los metales y productos de la tierra; que se hacen servir á todos los caprichos del lujo y las pasiones; toda esa agitación febril, toda esa vida ficticia no es más que un señuelo para engañar al hombre, apartarlo de su fin y arrastrarlo á los abismos.

Es homicida, "homicida," y su reinado fué el asesinato organizado. Asesinato del niño, á quien se mata legalmente antes de nacer y despues del nacimiento, á quien se inmolaba á los dioses ó se le cria para el anfiteatro: asesinato del esclavo, á quien impunemente se mata por enojo, por capricho, por gusto: asesinato de los prisioneros de guerra, á quienes se da muerte ó se les obliga á que se la den ellos mismos sobre la tumba de sus vencedores; asesinato de los pobres, y de los jóvenes de ambos sexos, que son ofrecidos en hecatombes á divinidades sanguinarias; asesinato del hombre por el suicidio, que por primera vez aparece en larga escala en los anales de la triste humanidad; asesinato, ó más bien, carnicerías eternas de millones de hombres, mujeres y niños en guerras de exterminio, en los combates de gladiadores, en las luchas de los bestiaros. Y como si tantos rios de sangre no hubieran bastado á apagar la sed del gran homicida, se le oyó decir un día por boca de su lugar-

teniente: Quisiera que el linaje humano tuviera una sola cabeza, para cortársela de un golpe.

Tal fué, y más horrible todavía el reinado de Satanás en los días de su poderío.

Desde entónces el género humano sabia lo que cuesta descentrar de la Ciudad del bien, para vivir en la del mal. Dios se apiadó de él. El día eternamente memorable de Pentecostés brilló sobre el mundo. Cual monarca poderoso que entra en campaña, el Espíritu Santo personificado en los apóstoles sale del Cenáculo y marcha á lanzar al usurpador. Roma es la prenda del combate; tomarla ó conservarla es la consigna de la lucha. Es preciso que Roma sea la capital de la Ciudad del bien. Es preciso, por cuanto Jerusalén infiel á su misión ha cesado de serlo. Es preciso, porque una ciudad universal no puede tener por capital más que á la reina del mundo. Es preciso, porque Roma, que por mucho tiempo ha sido Babilonia, debe expiar sus monstruosas prostituciones, convirtiéndose en la ciudad santa. Es preciso, porque el Verbo encarnado debe manifestar su omnipotencia arrojando al tirano de su fortaleza inexpugnable y haciendo de la capital de la Ciudad del mal la capital de la Ciudad del bien.

Pedro, conducido por el mismo Espíritu Santo llega á las puertas de Roma, para ponerle sitio. Satanás lo ha comprendido. Entonces es cuando despliega todo su lujo su odio implacable contra el Verbo encarnado. Al cabo de trescientos años de una lucha sin ejemplo en la historia, ya por el encarnamiento y la extensión de la pelea, ya por la naturaleza de las armas y por el número y carácter de los combatientes, el Espíritu del mal es vencido, vencido en su propia casa, en el corazón mismo de su ciudadela. Enmudecen sus oráculos, sus templos se desploman, sus

adoradores le abandonan y su civilización corrompida y corruptora desaparece bajo las ruinas de su imperio.

Roma ha cambiado de señor. Convertida en capital de la ciudad del bien, hace sentir el mundo entero su poderosa y saludable influencia. Comienza el reinado del Espíritu Santo en el orden religioso y social. Desde el Oriente hasta el Occidente se hace popular su bendito nombre. En la antigüedad pagana todo hablaba del Espíritu de las tinieblas; ahora todo habla del espíritu de luz. Desde San Pablo hasta San Antonino, los Padres de la Iglesia griega y latina, los grandes teólogos de la Edad Media, los ascéticos, los predicadores, no tienen más que una voz para darlo á conocer en sí mismo y en sus obras. Al amor ardiente de los particulares hácia el Espíritu regenerador, se junta durante largos siglos la docilidad filial con que las naciones acogen sus inspiraciones saludables. Diga lo que quiera el odio ciego, esos siglos fueron la época del verdadero progreso, de la libertad verdadera. En otros mil, el hecho siguiente, tomado de los anales de Europa, será un candado perpétuo en la boca de los contradictores.

De esos pedazos de granito, á quienes se llama los bárbaros, y que fueron nuestros abuelos, el mundo ha visto salir á los hijos de Abraham. El nombre de la época, que vió ese milagro, se considera hoy como una injuria: no lo ignoramos. Sabemos tan bien como el primero lo que se puede reprochar á la Edad Media. Mas no por eso deja de ser verdad, que el espíritu que la animaba realizó los cuatro progresos más dignos de este nombre, que jamás los hombres hayan alcanzado.

Constituyó la religión. Hubo un día, en que la Europa, postrada desde antiguo á los piés de mil ídolos monstruosos y dividida en mil creencias contradictorias, adoró al mismo

Dios y cantó el mismo símbolo. Desde Oriente hasta el Oeaso, desde el Sud hasta el Septentrion, ninguna voz discordante descomponía el gran concierto. Unidad de fé; magnífico triunfo de la verdad sobre el error.

Constituyó la Iglesia. Hubo un día en que sobre las ruinas del despotismo intelectual del antiguo mundo se elevó la sociedad que es guardiana infalible de la fé. Esta sociedad, poder que se hizo amar como ningun otro, echó raíces profundas en el suelo de Europa: El Clero era el primer cuerpo del Estado. Autoridad de la Iglesia, magnífico triunfo de la inteligencia sobre la fuerza.

Constituyó la sociedad. Hubo un día, en que los códigos de Europa, manchados por tanto tiempo con mil iniquidades legales, no contenían ni una sola ley anticristiana, ni por consiguiente, antisocial. Para asegurar los derechos de todos y de cada uno, manteniendo la armonía sobre la tierra, como el sol la mantiene en el firmamento, el Rey de reyes, representado por su Vicario; se cernía sobre todos los reyes.

La decision de un padre, oráculo incorruptible de la ley eterna de la justicia, era la última razon del derecho y el término de los conflictos. La palabra en lugar del sable: los cañones del Vaticano en lugar del cañon de las barricadas ó del puñal de los asesinos; magnífico triunfo de la libertad sobre el despotismo y la anarquía.

Constituyó la familia. Hubo un día, en que la Europa regenerada la familia descansaba sobre las cuatro bases que constituyen su fuerza, su felicidad y su gloria: la unidad, la indisolubilidad, la santidad, la perpetuidad por el respeto de la autoridad paterna, durante la vida y despues de la muerte. El espíritu en lugar de la carne: magnífico triunfo del hombre nuevo sobre el hombre viejo, curacion radi-

cal de la poligamia, del divorcio y del egoismo, llagas inveteradas de la familia pagana.

Asentada sobre anchas bases la Ciudad del bien desarrollaba tranquilamente sus magestuosas proporciones, y de día en día se levantaba resplandeciente con nuevas bellezas á la perfeccion que acá en la tierra le es dado alcanzar. La gran política cristiana inaugurada por Carlo Magno, constituía la poderosa unidad, contra la cual vino á estrellarse la barbarie musulmana. Mientras por fuera las órdenes militares volaban el aprisco, ¡qué nobles trabajos se realizaban dentro! La reina de las ciencias, la teología, revelaba con incomparable lucidez las magníficas realidades del mundo sobrenatural. El espíritu general, elevado á estas altas especulaciones, desdeñaba la materia y sus groseros goces. La sociedad caminaba con pié seguro hácia el término supremo de la vida del hombre y de los pueblos.

La filosofía, humilde servidora de la teología, trabajaba por cuenta de su madre. Hacia ver el encadenamiento de las verdades que habia recibido y su razon y armonía universal, é iluminaba con dulce y clara luz todo el sistema de la creacion. Séria como la verdad, casta como la virtud, la literatura, desentrañaba las Escrituras. En vez de nutrirse de fábulas ó puerilidades, buscaba en el libro de los libros las reglas del pensamiento, el tipo de lo bello y la forma del lenguaje. Con un esplendor en las formas y una valentía en los conceptos, que no habia alcanzado hasta entónces, ponía de relieve ante los ojos las inspiraciones de la fé. Como con un manto de gloria cubria á la Europa de monumentos inimitables, no tanto aún por lo inmenso de las proporciones y lo fino de los detalles, cuanto por el simbolismo elocuente que hacia orar á la piedra, á la madera, los metales y todas las criaturas inanimadas.

Bajo las bóvedas estrelladas de esos magníficos templos, una poesía, sola digna de este nombre, cantaba con la voz de las muchedumbres (1) las creencias, las esperanzas, los amores, los goces, los dolores, los combates y victorias de la Ciudad del bien. Gracias al espíritu de caridad que animaba todo el cuerpo, las obras de abnegacion igualaban á todas las miserias humanas. Desde la cuna hasta el sepulcro y más allá, no habia una necesidad intelectual moral ó física, por la cual no velase como el centinela en su puesto, una orden religiosa ó una confraternidad.

Mientras en la antigüedad los pobres y los pequeñuelos, aislados unos de otros, no formaban más que una multitud de átomos sin resistencia alguna contra un poder brutal, en la Ciudad del bien la libertad, hija de la caridad, se desarrollaba bajo todas las formas. Cartas, asociaciones, privilegios de todos los estados aún los más humildes, y mil fraternidades formaban otros tantos cuerpos que eran respetados y cuya opresion constituía un crimen, condenado por la opinion ántes aún de que fuera castigado por el doble poder de la Iglesia y del Estado. Las libertades públicas, no estaban menos aseguradas. Con la supresion de las grandes capitales, de los ejércitos permanentes y la centralizacion, el cristianismo habia roto los tres instrumentos necesarios del despotismo.

1. En Paris tuve ocasion de asistir á un concierto sacro y admirar la elevacion y magnificencia de la música religiosa de la Edad Media. En Francia y en Italia me he sentido poseido de patriótica tristeza, que no sé si podria llamarse envidia, al oír cantar á todo el pueblo fiel y experimentar los tiernos afectos que en el alma despiertan mil y mil voces clamando al cielo con angélicas armonías. ¿No seria posible restaurar en los templos de España el canto popular? ¿No habrá quien lo intente para gloria de Dios?

(Nota del Traductor).

Habia, pues, cesado el largo divorcio del hombre y Dios, de la tierra y el cielo. La alianza primitiva, restablecida por el Espíritu Santo, se hacia cada vez más fecunda. A la gran unidad material de la Ciudad del mal sucedia en el mundo regenerado una gran unidad moral, manantial de gloria y felicidad. Todos estos benditos elementos, gérmenes poderosos de una civilizacion que debia convertir la tierra en bestibulo del cielo, y al género humano en hermano verdadero del Verbo encarnado, los debia Europa á la gran victoria del Espíritu del bien sobre el Espíritu del mal. ¡Ojalá que Europa no lo hubiera olvidado nunca!

## CAPITULO XXX.

HISTORIA CONTEMPORÁNEA DE LAS DOS CIUDADES.

SUMARIO.—Satanás, echado de Roma, ha querido siempre volver á entrar.—Sus esfuerzos incesantes para reconstituirse una ciudad.—Soborna á los ciudadanos de la Ciudad del bien: heregias, escándalos, ataques de la barbárie musulmana.—La Europa permanece inquebrantable.—Satanás las seduce como sedujo á la primera mujer: se trasforma en *Dios de lo bello*.—El Renacimiento.—Cinco fenómenos que se han seguido de él: reprobacion de la Edad Media.—Aclamacion de la antigüedad pagana.—Cambio radical en la vida de Europa.—El olvido del Espíritu Santo.—Cambio de las cuatro bases de la Ciudad del bien.—Restablecimiento del reino de Satanás.—Grandes caracteres, antiguos y medernos; el Racionalismo, el Sensualismo, el Cesarismo, el ódio del Cristianismo.—Movimiento actual de unificacion y de disolucion.

El Rey de la Ciudad del mal, arrojado de Roma, no perdió nunca la esperanza de volver á entrar. Así, se le ve despues de su derrota andar noche y dia dando vueltas al rededor de los baluartes de la Ciudad eterna, á fin de sorprenderla y hacer de ella su capital. Sabe que allí está su enemigo, el Verbo-Dios, el Verbo-Rey, el Verbo-Encarnado, en la persona de su Vicario. Miéntas no logre vencerlo, su triunfo es incompleto. ¿Mas cómo conseguirlo? Roma está rodeada desde léjos, del amor, la veneracion y el poder de la gran Ciudad del bien, triple baluarte que hace imposible hasta el acercarse á ella. Satanás, pues, no pudiendo operar en el centro, trabaja en las fronteras. No sino despues de largos siglos de combatir á lo lejos, habia llegado la primera vez á hacer de Roma la capital de su inmenso